

Ya una generación viril y adelantada, tu juventud, que está sobre la brecha, va lanzando esos gritos y arrollando cuantos estorbos surgen a su paso.

Ya tus cañones han enmudecido. . . .

Tus clarines tocan himnos de paz al pie de tus clavadas y gloriosas banderas, y tus armas están colgadas ya; pero debajo de ellas y escrito con la sangre de tus hijos, aun se puede leer: *¡Nadie las mueva!* . . . .

Salve, valiente pueblo mexicano, que apenas escapado del abismo, y con la frente aun ensangrentada, te aprestas a escalar las altas cumbres de la ideal perfección indefinida. . . .

Hoy, al verte pasar hacia la altura donde el excelso porvenir te espera, todos los hombres libres te bendicen, todos los pueblos cultos te respetan y todas las naciones te saludan.

México, Septiembre 15 de 1909.

NOTA DEL AUTOR.—He reproducido en este libro la introducción de mi obra "Un Pueblo, Un Siglo y Un Hombre," porque en breve resumen contiene los primeros cien años de nuestra historia, y puede interesar a los lectores extranjeros.

## V

### FUNESTA OLIGARQUIA.

## FUNESTA OLIGARQUIA.

En vano han pretendido sabios escritores clasificar el Gobierno del patriota General Porfirio Díaz, entre alguno de los sistemas de gobierno conocidos.

Por mi parte, sólo encuentro lugar para esa forma, en un nuevo sistema filosófico, nacido allí en la patria del norteamericano George W. Crichfield, autor de un libro intitulado "American Supremacy," en el que ensaya una valiente, pero injusta clasificación de los Gobiernos neolatinos, y en el que despiadadamente ha censurado los defectos de los pueblos latino-americanos, olvidando, sin duda, los enormes defectos de su propio gobierno y de su pueblo.

Hace ya algunos años que el espíritu culto y eminentemente práctico de los anglo-americanos, viene oponiendo a la filosofía racionalista, germánica y latina, una filosofía completamente nueva: el *Pragmatismo*.

"El vocablo *pragmatismo*, dice el Dr. Renón,

viene del griego, y significa: *hecho, acto, acción*; es la filosofía de los hechos, de la vida práctica, la filosofía de los resultados, de la experiencia y de la acción."

Pues bien, lo que Porfirio Díaz ha hecho en treinta años, es aplicar el pragmatismo a su política y a su sistema de Gobierno; utilizando cuanto de prácticamente utilizable existe en nuestro pueblo, nuestro modo de ser y nuestras leyes; eliminando lentamente, pero enérgicamente, cuanto de utópico, de exajerado y de quimérico existe en las doctrinas y sistemas ideales creados por algunos soñadores que han predicado mucho en sus escritos y han declamado mucho en la tribuna, pero jamás han gobernado un pueblo.

Si en las ciencias humanas, la pesquisa tenaz de la verdad absoluta, conduce siempre al caos; en política y en gobierno, la persecución de la perfección absoluta, conduciría, simplemente, al fracaso.

Hay una gran distancia entre el filósofo racionalista que va en pos de verdades y perfecciones absolutas, y el filósofo pragmático, que sólo va tras de los hechos y los resultados.

Porfirio Díaz no pretendió jamás, gobernar idealmente; pero sí consiguió gobernar prácticamente.

Demócrata en la forma y pragmático en el fondo, fué el sistema político adoptado por ese

hombre sagaz y prudentísimo que, desde sus primeros pasos administrativos, vino ya despertando el creciente interés de cuantos sabios estadistas se han ocupado en estudiar su obra y acabaron, al fin, por admirarla y por decir como Teodoro Roosevelt: *Porfirio Díaz ha hecho por el Pueblo Mexicano, cuanto se puede hacer, humanamente, por un pueblo.*

Por desgracia, una fatalidad ineluctable, rige la evolución del organismo humano y de todos los seres y organismos, hombres, pueblos y mundos:

Nacer, crecer, luchar, declinar y morir, tal es el ciclo eterno de la vida . . . . Y al sucumbir en el mortal cansancio del tiempo y de la brega, el cerebro asombroso de aquel hombre que resistió por más de medio siglo, el embate de todos los oleajes y todas las tormentas; declinaron sus altas facultades, su inmensa voluntad y su carácter al declinar, también, hacia el ocaso, el astro luminoso de su gloria.

\*  
\* \*

Bajo el sabio Gobierno de aquel hombre cuyas extraordinarias facultades decayeron, de visible manera, en los dos últimos años de su vida pública; México había llegado a gran altura de civilización y de prestigio marchando al apogeo de su grandeza, y al celebrar suntuo-

samente el Centenario de su gloriosa Independencia, fué aplaudido por todas las naciones extranjeras.

Pero a la sombra del ilustre gobernante había crecido una compacta y poderosa camarilla, designada por el pueblo con el mote de *Partido Científico*, aunque, a decir verdad, sólo era un grupo de astutos intrigantes enriquecidos por absorbentes monopolios en todos los negocios y todas las empresas administrativas.

Era el *trust de la influencia* presidido por un ministro audaz e inteligente, un hombre superior, gran financiero que ejerciendo un influjo desmedido en el ánimo, ya debilitado, del Presidente octogenario, dirigía con altivo egoísmo dominante, los asuntos públicos, bancarios y políticos, despertando la envidia, y sembrando el rencor y el desagrado, hasta en las más humildes clases proletarias.

Aprovechando el creciente descontento público, un hombre al parecer inofensivo, por su estatura de liliputiense y su alelada risa de inconsciente, iba en aquellos tiempos predicando, de ciudad en ciudad, una extraña doctrina comunista, de aterradora trascendencia, envuelta por espléndido ropaje de salvadora democracia.

Imposible es medir el alcance de tan falaz doctrina promisoría, en el ánimo airado y vengativo de las estultas multitudes vejadas y

oprimidas por la brutal crueldad del caciquismo.

Aquel fingido apóstol, se llamaba Francisco I. Madero, y era el hijo mimado de una numerosísima familia de vinariegos, arruinada por haber invertido sus cuantiosos bienes en atrevidos giros industriales.\*

Empezó por creerse poseído del espíritu de Hidalgo, y propagar entre los jornaleros de su pueblo natal, extravagantes misticismos de la doctrina spiritista, mostrándoles escapularios que, a guisa de amuletos, traía siempre colgando sobre el pecho.

Más tarde, fué el espíritu de Juárez, el que creyó llevar, por metempsícosis, en su cuerpo de enano.

Y por fin, asumió abiertamente la actitud de un profeta y se lanzó al apostolado.

Al terminar el año de 1908, escribió y publicó, en colaboración con un amigo y un pariente,

\* Tratando de su origen, D. Francisco I. Madero escribió en "La Sucesión Presidencial en 1910," el párrafo siguiente:

"Pertenezco, por nacimiento, a la clase privilegiada; mi familia es de las más numerosas e influyentes en este Estado; y ni yo, ni ninguno de los miembros de mi familia, tenemos el menor motivo de queja contra el Gral. Díaz, ni contra sus ministros, ni contra el actual Gobernador del Estado, ni siquiera contra las autoridades locales."

Los múltiples negocios que todos los de mi familia han tenido en los distintos Ministerios, en los Tribunales de la República, siempre han sido despachados con equidad y justicia."

su famoso libro: "LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL EN 1910," una obra que revela toda la astucia y toda la perfidia de aquel simulador incomprensible, y concluye con estas palabras:

"Por todas estas circunstancias, yo, que profeso culto por todos nuestros grandes hombres, quiero que en el altar de la Patria y en el corazón de cada mexicano, ocupe un lugar preferente nuestro héroe de Miahuatlán y la Carbonera, nuestro gran pacificador, nuestro eximio gobernante; pero para lograr su objeto, para que corone su obra, comprendo que tenemos que ayudarle todos los mexicanos a fin de hacerle oír la voz de la Patria en vez de que escuche la del círculo que lo rodea y que, celoso de su herencia, no quiere verla mermada."

"Así como para principiar su obra, el Gral. Díaz necesitó de la ayuda de sus valientes soldados que intrépidos afrontaban la metralla, para concluirla necesita del concurso de todos los mexicanos, que con su energía y valor civil vayan a las urnas electorales a hacer uso de sus derechos."

"Ayudémosle pues, y al hacerlo grande, haremos igualmente grande a nuestra Patria querida."

Cuando el Sr. Madero escribió lo que antecede, aun no contaba con el apoyo de los *trusts* americanos ni con el del Presidente Taft.

Fueron varios parientes de Madero los que

más tarde obtuvieron dicho apoyo, prometiendo, en cambio, importantes monopolios de guayule, ferrocarriles y petróleo, el dominio del Istmo de Tehuantepec y la cesión de Bahía Magdalena.

Entretanto, el Gral. Porfirio Díaz, confiando en la lealtad de nuestro ejército y en el prestigio y el poder de su Gobierno, cometió la imprudencia de aventurar en la *entrevista Creelman*, entre otras promesas, la de otorgar al pueblo libertad completa de sufragio.

La falta de cumplimiento a estas promesas, la imposición, por la segunda vez, de la impolítica e impopular candidatura de D. Ramón Corral, y la ya insoportable permanencia en el poder, de cinco o seis Gobernadores ineptos y concusionarios, fueron las causas principales de una exacerbación peligrosísima del descontento popular.

Adquirió intensidad inverosímil el movimiento revolucionario y empezó la tragedia con el sangriento motín acaecido en la ciudad de Puebla, el 18 de Noviembre de 1910, y acaudillado por Aquiles Serdán, ferviente partidario de Madero.

Cundió la rebelión en los Estados fronterizos, y alarmado el Gobierno, inició una larga serie de inexplicables desaciertos promulgando *ad terrorem* la inoportuna ley de suspensión de garantías individuales.

Se sometió a las exigencias de los revolucio-

narios, aceptando el convenio pactado entre los hermanos Madero y Vázquez Gómez, y el Sr. Limantour que, en mala hora, fué llamado y regresó de Europa, y que a su paso por los Estados Unidos concertó con los representantes de la Junta revolucionaria, las humillantes bases de un tratado que exigía la inmediata renuncia del Sr. Gral. Díaz y la creación del anodino interinato del Sr. de la Barra.

Celebró un armisticio impertinente, que otorgaba derechos de beligerantes a los jefes rebeldes comandados por el valiente Gral. Orozco, y por fin, permitió que aquí, en la Capital, las chusmas *porristas* azuzadas por Gustavo Madero y sus secuaces, invadieran las galerías y hasta el recinto destinado a los representantes del pueblo en la Cámara de Diputados, y pidieran con gritos insolentes la renuncia del Presidente y sus Ministros.

Todo esto revelaba una completa falta de fidelidad y de firmeza en los altos funcionarios que rodeaban al Sr. Gral. Díaz, y la pasmosa ineptitud de los Ministros que formaron el Gabinete improvisado por el funesto Limantour, antiguo apoderado y buen amigo de la casa Madero.

Mientras tales sucesos se desarrollaban con absoluta impunidad, en una plaza guarnecida por varios regimientos y dotada con poderosa artillería de sitio y de montaña, el patriota Gral.

Porfirio Díaz, postrado en cama por una intensa fiebre septicémica, esperaba un honroso desenlace, confiando en la lealtad y habilidad del Ministerio.

Tras la patriótica renuncia del Sr. Gral. Díaz, fué nombrado Presidente Interino Constitucional, el Sr. Lic. D. Francisco León de la Barra, un honorable y pulcro diplomático dotado de excepcionales aptitudes de adaptación y de parada, pero no de combate.

Su Gobierno, ajustado a la ley, en lo posible, fué un Gobierno contemplativo y obsecuente, sometido al dominio solapado del Ministro de Hacienda, D. Ernesto Madero.

Por fin, el día 7 de Junio de 1911, un espantoso terremoto anunció la llegada del apóstol, ya electo Presidente, y el mentido profeta socialista hizo su memorable, su triunfal entrada a la Capital de la República, bajo copiosa lluvia de flores y confetti, entre sinceras y entusiastas aclamaciones de las enloquecidas multitudes.

\*  
\* \*

Madero no iba en pos de los ideales democráticos, ni conocía los dogmas absolutos de los racionalistas, ni comprendió, ni sospechó siquiera, la importancia de un Gobierno pragmático fundado en la filosofía del resultado, de las acciones, de los hechos.

Era un alucinado psicasténico, impelido por el soplo fatal de la locura. . . . No sabía a donde iba.

Empezó su Gobierno conculcando todas las libertades prometidas y todos los principios proclamados.

Impuso torpemente la impopular candidatura de su obstinado partidario Pino Suárez y le arrastró en su fúnebre caída.

Dejó en manos de Gustavo Madero, su predilecto hermano, la dirección de la política interior y exterior de su Gobierno y le otorgó el peligrosísimo y apócrifo poder ilimitado, que permitió al audaz y truculento prócer organizar aquella negra maffia que se llamó la *Porra*, formada por la escoria de las clases plebeyas, abominada por el pueblo bueno y por todos los hombres honrados.

Burló atrevidamente la confianza y la fe de sus ilusos partidarios, imponiendo, a su antojo, desde los altos funcionarios del Estado hasta los prefectos políticos de los distritos.

Dilapidó sin previsión y sin acierto los millones acumulados por la hacienda pública en treinta años de orden, y contrató ruinosísimos empréstitos, comprometiendo el crédito y la honra de un país que fué rico.

En su insensato afán de conservar el alto puesto que ocupaba, por un ciego capricho del destino, comprometió también la integridad

del territorio nacional y la soberanía de la República, pidiendo y aceptando la interesada protección del Gobierno Americano.

Como era de esperarse, todos los ciudadanos cultos y sensatos comprendieron que aquella oligarquía desatentada nos llevaba al desastre; pero. . . . ya era tarde.

La rebelión se alzaba formidable cundiendo en breve tiempo por todos los Estados.

Hasta los más fervientes partidarios del Sr. Madero, justamente indignados, empuñaron de nuevo las armas.

Braulio Hernández, Cheché Campos, Marcelo Caraveo, Murillo, Luis Fernández y otros muchos valientes guerrilleros acaudillados por Pascual Orozco, se lanzaron en plena rebeldía contra el Gobierno.

El Gral. Orozco ha expuesto los motivos de esta justificada rebelión, en los términos siguientes:

“El pueblo, fatigado y sangriento, siempre noble y generoso, no tuvo sino elogios para el Sr. Madero cuando supo que había pasado a territorio nacional; y aun cuando a la miseria de los combatientes no aportaba sino una miseria más, fué recibido con los brazos abiertos, con la ilusión de que un día, no lejano, procuraría grandes bienes al país, por medio de una política de regeneración y de justicia.

“La revolución de 1910 no tenía por objeto

llevar a un hombre a la presidencia, sino destruir un régimen. Al triunfo, la República vió con inmenso regocijo la terminación de la tiranía del Gral. Díaz; y ningún gobernante, en la historia, ha recibido un Estado en mejores condiciones que las que se presentaron a Don Francisco I. Madero, cuando asumió la presidencia.

“Todo fué mentira: Francisco I. Madero asumió el poder, pero el nuevo régimen no fué sino una resurrección del antiguo, sin sus méritos ni sus antecedentes.

“El Sr. Madero desconoció inmediatamente a los hombres que lo llevaron al triunfo, y en lugar de la libertad, de la democracia y de las tierras ofrecidas al pueblo, estableció una oligarquía familiar, cuya falta de ilustración la hacía infinitamente más nociva que la anterior.

“Surgió entonces la revolución actual.

“Sus causas son las mismas, iguales las aspiraciones de los revolucionarios; pero existe además un nuevo fundamento: la traición del llamado caudillo a la revolución que lo llevó al poder, y a los hombres que por ella combatieron. Por tanto, el movimiento tiene dos aspectos: el primero, de indignación y protesta en contra del Presidente actual; el segundo, nacido de la necesidad de reformas económicas y legales que hagan posible la libertad de la mayoría de los habitantes de la Nación.

“La enumeración de alguno de los actos del Presidente, además de los expuestos, será bastante para demostrar sus responsabilidades.

“Aun antes de llegar a la presidencia, obtuvo del tesoro nacional, para su hermano Gustavo, la suma de \$700,000, como reembolso de gastos hechos en la guerra, en tanto se negaba a los revolucionarios y a las viudas y huérfanos de los muertos en campaña, los recursos necesarios para las exigencias elementales de la vida.

“El Sr. Madero se acogió a la bandera de “sufragio efectivo, no reelección” que había sido levantada por el pueblo, y al asumir el poder, empleó toda su influencia en la reelección de los Gobernadores con los que había contraído compromisos, y las violaciones al sufragio son tales, que el primer escándalo lo tuvo la República con la imposición del Vicepresidente Pino Suárez, y ha llegado últimamente al grado de fusilar a los electores que no estén de acuerdo con la candidatura oficial, so pretexto de ejecución de criminales, pero llevada a cabo el mismo día de la elección, sin formación de causa ni pruebas de los delitos alegados.

“Para realizar sus fines, el Sr. Madero celebró convenio con los revolucionarios del Sur, tratados que fueron violados incontinenti, determinando los actuales disturbios de esa zona de la República; y en el Norte, para impedir que los mismos caudillos que combatieron en su



favor pudieran exigirle el cumplimiento de los principios proclamados, ordenó el desarme, provocando así el levantamiento de Chihuahua, ante la convicción de que el Sr. Madero no sólo traicionaba a la revolución y a los suyos, sino a las aspiraciones de la Nación entera.

“En cuanto a los procedimientos adoptados por el Sr. Madero para sostenerse en el poder, no son reprobables políticamente, sino ante los rudimentos de la moral humana.

“El Sr. Madero condenaba el nepotismo, y a tres de sus parientes hizo miembros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, sin contar aquéllos que ocupan gran número de puestos públicos y de gobiernos de los Estados.

“El Sr. Madero condenaba las concesiones y privilegios, y los privilegios y las concesiones se han multiplicado, enriqueciendo en pocos meses a los miembros de su familia y a los servidores incondicionales de ella.

“En la campaña armada, la inmoralidad llegó al crimen.

“En Chiapas, a los indios chamulas, rebeldes en contra de la imposición de Gobernadores, les son cortadas las orejas.

“En Santa María, ya desocupada por los rebeldes, las tropas gobiernistas rompieron el fuego de todos sus cañones sobre la población, escarmentando en ancianos, mujeres y niños, la aspiración de hijos, esposos o padres.

“En el mismo Estado de Morelos, siguiendo planes aprobados por el Presidente, los pueblos son quemados y los habitantes muertos, cualesquiera que sea su sexo, edad y condición, para castigo de rebeldes. En muchos otros lugares fusila el Gobierno a los hijos y a los parientes de los revolucionarios, tratando de aterrorizar a los combatientes.

“En el rancho de San Pedro, Chihuahua, después de su derrota, los soldados del Gobierno asesinaron al dueño y a los peones de la finca; algunos de ellos fueron mutilados bárbaramente. Dos mujeres fueron ultrajadas, mutiladas y muertas.

“En el rancho de Ancón, los mismos soldados, al pasar en retirada, hicieron fuego sobre el caserío y fusilaron a dos mujeres porque dos exploradores revolucionarios habían tomado agua en la casa que ellas habitaban.

“En la región de la Laguna, un pariente cercano del Sr. Madero, un hermano, ordenó fueran matados y colgados todos los hombres sospechosos de no ser adictos al Gobierno. Lo mismo acontece en Morelos y en Guerrero, y cientos de cadáveres han estado suspendidos de los árboles y de los postes de telégrafo. Los periódicos han publicado fotografías de estos acontecimientos.

“En Jiménez, Chihuahua, el jefe de las fuerzas del Gobierno, después de declarar en público

que las vidas e intereses quedaban garantizados, ordenaba todas las noches el fusilamiento secreto de diez o doce individuos, bajo las sospechas de simpatizar de estos acontecimientos.

“En las batallas de Conejos y Rellano, los soldados del mismo jefe arrojaron ramas encendidas sobre los heridos que quedaron en el campo y los mataron a bayonetazos.

“Para conseguir estos excesos, el Sr. Madero ha derramado a manos llenas el dinero de la Nación, creando el sistema de corrupción más completo que haya existido en ningún pueblo.

“Ante los hechos narrados, que no son sino una pequeña parte de los cometidos por el Gobierno, la guerra no es nada más civil o política, es una guerra por la humanidad y por la civilización.

“Todo en el Sr. Madero ha sido mentira, ambición de lucro y crímenes, y en contra de esa mentira y de esos crímenes, surge la revolución actual, que el Sr. Madero podría haber evitado con sólo haber tenido honradez y haber sido fiel a los principios en cuyo nombre ocupó el Gobierno de la República.

“Creo inútil ya decir cuáles son las causas y los fines de esta revolución; pero deseo insistir en algunos puntos:

“I.—La causa fundamental es la mala Administración del Sr. Madero y de su familia, por lo que no ha sido posible llegar a tratados de

paz, y ésta no vendrá al país sino cesando esa Administración y cumpliendo las promesas revolucionarias, es decir: o el Sr. Madero se retira, o garantiza de manera positiva e indubitable la corrección de los vicios enumerados: corrupción administrativa, nepotismo, imposiciones, privilegios y atentados contra la libertad y la vida de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

“II.—Es necesario establecer efectiva libertad política y electoral para distribuir las funciones de Gobierno, de acuerdo con los fines, deseos y necesidades de cada región, haciendo del Gobierno Central lo que legítimamente debe ser: el poder de concentración y de vigilancia de los intereses generales.

“Creo que nuestros problemas parecen insolubles, porque se conserva la nociva tradición que ha dado nacimiento a varias de nuestras guerras civiles: la concentración de todo el poder en una persona y el aprovecharse de las revoluciones para el solo fin de llegar al más alto puesto del país.

“En una palabra, en mi concepto, y para salvar a la Nación de los peligros de nuestros actuales sistemas políticos, las elecciones deben ser realmente libres y debe establecerse un régimen municipal completo.

“III.—Sólo resta el problema agrario. En mi opinión, y puedo asegurar que es la de la ma-

oría de mis compañeros, esta cuestión debe resolverse con gran cautela y en vista de las circunstancias peculiares de cada región y de sus habitantes.

“El problema agrario no es el mismo en Morelos y en Chihuahua, y varía aun en los diversos distritos de este último Estado; que la distribución de tierras no conduce por sí sola a ningún buen resultado. ¿Qué beneficios se obtendrían, por ejemplo, de dar cien hectáreas de ganado, o darlas de tierras de labor, si el agua que las riega pertenece a otra persona?

“Por otra parte, tampoco sería de ninguna utilidad la concesión de tierras a quienes no sean agricultores, a un mecánico o a un tenedor de libros, a no ser que se considere la tierra como el único medio de pago por los servicios prestados a la revolución, lo cual, además de ser inmoral, no cumple lo que el propósito busca, esto es, proveer de medios de subsistencia a los que han sido despojados de ellos, sin contar con que aquellos que no necesitan tierras, las venderán y volverán los acaparadores a ser los dueños de la tierra.

“El problema agrario es el de la vida nacional, y para restablecer el equilibrio en todos los órdenes sociales sobre una base firme y duradera, es necesario resolverlo pronta y eficazmente.

“Debo declarar que no creo posible presentar desde luego una solución que reúna las con-

diciones de utilidad, estabilidad y justicia. Para llegar a esa solución debe ocurrirse a una comisión nacional, formada por hombres de reconocida competencia y honradez, y por delegados nombrados por los jefes revolucionarios para ese fin.

“Quedan expuestas las causas de la revolución, cuya jefatura me ha sido encomendada; sus ideales, como todos los nacidos del corazón del pueblo, presentan naturalmente dos caracteres: el de la necesidad y el del más alto y puro patriotismo.

“La abnegación de todos mis compañeros de armas ratifica mis principios y me fortalece en mi actitud. Creo firmemente que luchamos por el progreso moral y material de nuestra Patria, y en esta labor hago un supremo llamamiento a la simpatía de todos los países civilizados y conjuro con toda la energía de mi alma a mis conciudadanos, para que conquistemos todos juntos la paz de la República, basada en la Libertad y en la Justicia.”

C. Juárez, Agosto 15 de 1912.

PASCUAL OROZCO, HIJO.

El descontento era ya general y había invadido la clase militar.

Un ilustre patriota, retirado del servicio activo, el valiente General de División Bernardo Reyes, se rebeló también contra el despótico Go-

bierno y, desgraciadamente, fracasó en su empeño por la falta de elementos de combate.

Mientras tanto, una escisión completa reinaba entre Madero y sus antiguos compañeros los Sres. Vázquez Gómez.

Debido a las intrigas de su hermano Gustavo y los porristas, el Presidente de la República, desconociendo al Partido Antirreeleccionista y formando el Partido Constitucional Progresista, cometió un nuevo error en política y rompiendo los pactos que antes le ligaban a sus adictos colaboradores, hundió en el caos *a todos* y prosiguió su obra destructora, en plena confusión y bancarrota.

En vano fué que algunos escritores, desafiando la ira peligrosa de aquel degenerado, intentaran hacerle comprender la responsabilidad enorme, contraída por él, ante la Historia.

El embustero que dedicó su libro "La Sucesión Presidencial en 1910" a la Prensa Independiente de la República, *presentando un homenaje de respeto a los modestos luchadores* (se refería a los periodistas), *a los valientes paladines de la libertad*. . . ., ni escuchaba la voz de esa prensa independiente, ni el clamor de las clases sociales honradas y los hombres patriotas y sinceros, que le mostraban el peligro.

Un diario de la tarde, "EL HERALDO MEXICANO," fué atentatoriamente suprimido por haber publicado el artículo siguiente:

"AUN PODREMOS SALVARNOS DEL PELIGRO QUE NOS AMENAZA."—El señor Diputado Fortunato Hernández se dirige al señor Presidente de la República, Don Francisco I. Madero.

Al señor Presidente Don Francisco I. Madero.

Busco, en vano, al dirigir la vista a lo pasado, a nuestra historia, un oportuno ejemplo que pudiera seguirse en lo presente para calmar la ira fratricida de los hijos malos que fuñan, sin cesar, en el regazo mismo de la Madre Patria, de la Madre buena. . . .

Del libro (próximo a publicarse) "América Latina," de Fortunato Hernández.

Honorable señor Presidente:

Con el alto respeto debido al Primer Magistrado, empezaré por declarar que aún busco, en vano, un remedio eficaz a nuestros hondos males, y tras la estéril revolución de 1910, tan sólo encuentro que hemos retrocedido medio siglo en nuestra lenta evolución social y que usted no es el hombre que la Patria necesita.

Por desgracia, no veo surgir, después de usted, al otro hombre, al salvador que deba substituirle.

Yo no soy enemigo de usted, no soy político, soy un oscuro escritor independiente; amo a mi Patria, vivo de mi trabajo profesional, y creyendo llevar en mi conciencia la completa

noción de mis derechos de ciudadano y de mis deberes de patriota, he respetado siempre al Gobierno constituido; pero hablaré con la valiente sinceridad de aquel que nada espera, nada pide y nada teme de los Poderes oficiales.

Tengo el honor de ser un leal amigo del ilustre General Porfirio Díaz; pero jamás tomé parte en su política, y sólo en los postreros días de su Gobierno, cuando le ví asediado por la traición y la perfidia, trabajé por salvarle, y me atreví hasta a aconsejarle.

Le aconsejé: no imponer la impopular candidatura de Don Ramón Corral, y cumplir, hasta donde fuese posible, las preciosas promesas de la entrevista Creelman, que resultaron falsas, y debido a las cuales pudieron adquirir gran incremento las utópicas doctrinas comunistas que por aquellos tiempos iba usted predicando, y cuyos amargos frutos han envenenado el alma popular.

También le aconsejé: que respetase la libertad de imprenta; que no promulgase la llamada ley de suspensión de garantías, dos veces dada ya por la Comisión permanente del Congreso, sin tener facultades para ello, y que por ningún motivo celebrase el armisticio de Ciudad Juárez.

Le aconsejé y le supliqué, lo que también me permito aconsejar y suplicar a usted ahora: desligarse por completo del llamado grupo científico y de su peligroso jefe Don José Yves Li-

mantour; ponerse de parte del pueblo y hacer la revolución *desde arriba*, suprimiendo los elementos impopulares de su Gobierno para dar amplia y cumplida satisfacción al soberano pueblo.

El señor General Díaz oyó bondadosamente todos mis consejos; pero estuvo muy lejos de seguirlos, y cuando quiso hacerlo, era ya tarde, demasiado tarde.... íbamos al desastre.

Hoy, señor Presidente, creo que la muy angustiosa situación de nuestra Patria se debe, sobre todo, a tres poderosas causas: fué primero la regresión senil cuya marcha ineluctable agotó las brillantes facultades de Porfirio Díaz, aquel gran Gobernante que se hizo aplaudir por los primeros estadistas de su siglo; fué después la muy pulcra, pero muy obsecuente política del caballeroso Presidente interino, Don Francisco León de la Barra, quien se plegó con censurable debilidad a las torpes exigencias de los hombres de la revolución, ofuscados por el odio y envanecidos por el triunfo; y fué, por fin, el resultado de la utópica doctrina comunista predicada por usted a un pueblo ignaro que hoy se siente engañado ante la marcha dictatorial e intransigente de un Gobierno que sólo el nombre tiene ya de democrático.

Son muy graves los males consumados; pero creo, señor Presidente, que aún podríamos salvarnos del tremendo peligro que nos amenaza,

si usted, sobreponiendo a todo, el amor a su Patria, hiciera lo siguiente:

I.—Declarar categóricamente que la Revolución no ha contraído con el Gobierno Americano compromiso alguno que pueda menoscabar la soberanía o la integridad de la República, y en el muy triste caso de que realmente existan compromisos de tal clase, romperlos por completo, sin temor al coloso, pues la Nación entera estará con usted para apoyarle.

II.—Conseguir, a cualquier precio, que el señor Lic. Pino Suárez renuncie el alto cargo que hoy ocupa contra la soberana voluntad del pueblo.

III.—Substituir el actual Gabinete, ya que todos los Ministros son impopulares y están acrecentando con su actitud el descontento público.

IV.—Eliminar de su Gobierno a todos los parientes y a los tres o cuatro intelectuales que mal aconsejan a usted. El nepotismo trae necesariamente el desprestigio.

V.—Rectificar el imposible Plan de San Luis Potosí, limitándose a ofrecer al pueblo lo que humanamente, lo que prácticamente, lo que honradamente se pueda cumplir, y organizando una Asamblea integrada por hombres de orden y de trabajo, por los elementos sanos de la República, consultar con ellos cuál es la irrevocable, la suprema voluntad de la Nación, y . . . si des-

pués de oír la voz autorizada de la gente sensata no siente usted que cuenta ya, como antes, con el cariño y la confianza de su pueblo . . . renuncie desde luego, señor Presidente, sacrificándolo todo por el bien de la Patria.

Tal conducta bastaría, en mi concepto, para atenuar la inmensa responsabilidad de usted ante la Historia y salvaría su nombre del escarnio.

Protesto a usted la sinceridad de mi propósito y la seguridad de mi respeto.

México, 19 de Febrero de 1912.

FORTUNATO HERNÁNDEZ.

Este artículo fué publicado cuando la oligarquía de los Madero llegaba al apogeo de su poder dictatorial y era temible.

Hoy que Madero ha muerto, repito lo que dije: *no he sido su enemigo*, y lo que ahora escribo no es inspirado por el odio.

En mi azarosa, infortunada vida, sólo amar he sabido. ¡Nunca he odiado!

Escribo con amarga desnudez, porque aún abrigo la remota esperanza de hacerme oír ahora por todos los que entonces se resistieron a escucharme, y porque creo ser útil a mi Patria desengañando a los ilusos.

Madero es un fantasma peligroso.

Su obra no ha concluido, perdura en el espí-

ritu confuso de las estultas multitudes, y amenaza, de muerte, a nuestro endeble organismo social.

Para seguir mintiendo y engañando, sobrevive la chusma de mediocres encumbrados por la pasmosa insensatez de un megalómano a quien pretenden convertir en mártir.

El comunismo es la maldita herencia legada por Madero a nuestra plebe.

Frente al peligro, tenemos que luchar abiertamente, conjurando el fantasma del apóstol y borrando su credo comunista.

México, 30 de Mayo de 1913.

## VI

### LA CAIDA DE MADERO.